

¿Palabra o Sacramento?

Éxodo 19,1-6; 1 Pedro 2,9-11; 1 Corintios 10,16-17

Durante un culto en el Sínodo de la Iglesia Evangélica Española, celebrada en Barcelona recientemente, alguien dijo algo que me llamó la atención. Dijo:

La Iglesia está centrada en la Palabra.

Inmediatamente desde dentro me saltó una reacción contraria.

No, la Iglesia está centrada en el Sacramento.

El significado que saqué de la declaración, sea correcto o no, es que la Palabra de Dios está en el centro de la Iglesia. Y como en muchos contextos evangélicos la Palabra de Dios prácticamente equivale a la Biblia, se está diciendo que la Biblia está en el centro de la Iglesia.

Aunque la Biblia tiene un papel importantísimo en la Iglesia, y la Palabra de Dios como palabra viva comparte este papel, yo creo que la Iglesia es esencialmente sacramental.

Para explicar y clarificar mi postura necesito compartir cómo veo la trayectoria de dónde surge la Iglesia. Yo considero la Iglesia como una parte esencial de la historia salvífica. Dios a través de Abraham elige a un pueblo y lo da una encomienda, que leemos en Éxodo 19.

Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa" (Éx 19,5.6).

Cuando tomamos en cuenta el llamado a Abraham y el pacto junto con este pasaje en Éxodo nos damos cuenta que **el papel del pueblo elegido es representativo y misional**. Dios no está creando una entidad étnica y nacional a la exclusión de los demás pueblos. Crea un pueblo a través del cual Dios se revela y desempeña su plan salvífico para todos los pueblos, y hasta para toda la creación. Dios intencionalmente se revela y trabaja dentro de la historia humana a través de un pueblo determinado para cumplir su propósito creador para todos los pueblos.

Jesús el Mesías está en una línea de continuidad con este desenlace del plan salvífico. El papel del Mesías también es representativo, y obviamente misional. El Mesías representa al pueblo de Israel, pero va más allá. No se reduce la representación a su et-

nidad o a su nacionalidad, sino que representa la humanidad misma. Adán y Eva son personajes que representan la humanidad. Abraham y el pueblo que surge de él también incorporan la humanidad, porque el propósito salvífico incluido en la elección misma tiene una visión inclusiva y universal.

El Mesías también representa la humanidad, y no sólo al pueblo étnico y nacional de Israel. El Apóstol Pablo expresa esto con su cristología adánica. Como todos sabemos de Romanos 5,12-21 Adán y Cristo abarcan toda la humanidad para que sus acciones respectivas afectan a toda la humanidad. Afortunadamente la gracia salvífica efectiva en Cristo supera al pecado.

Como por la transgresión de uno vino la condenación a [toda la humanidad], de la misma manera por la justicia de uno vino a [toda la humanidad] la justificación que produce vida (Ro 5,18).

Así que vemos que el plan redentor de Dios está esencialmente vinculado a la historia humana. Vemos en la representatividad de Adán y Eva, en el pacto con Abraham y la elección de un pueblo los antecedentes de la Encarnación. Dios se identifica con la humanidad, que es creada a la imagen divina. Dios se revela a través de la historia humana. Dios obra su salvación a través de su pueblo, y en su Mesías quien surge de este pueblo.

El acto salvífico culminante en Jesucristo es encarnacional. Dios no castiga a un tercero en la cruz a favor de todos los demás seres humanos. Dios asume el pecado sobre sí mismo en Cristo, porque Dios estaba en Cristo, y es Dios quien reconcilia el mundo consigo mismo. Es Dios en Cristo quien hace la provisión salvífica y reconciliadora.

Nuestra salvación e incorporación al pueblo de Dios viene a través de nuestra unión con Cristo. Esta unión es precisamente lo que se escenifica en el sacramento de la Santa Cena. Nuestro texto dice:

La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? ¹⁷ Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan (1 Co 10,16.17)

Nuestra unión con Cristo, escenificado aquí en el sacramento, nos incorpora a la Iglesia, y nuestra incorporación a la Iglesia es a la vez la aceptación de la encomienda misional de Dios que encontramos en el pacto con Abraham y en el texto de Éxodo 19. El texto en 1 Pedro 2, 9 manifiesta que la Iglesia antigua veía la continuidad entre Éxodo 19 y la Iglesia.

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

La Iglesia es sacramental y es encarnacional. Para mí estas dos cosas van juntas. La Iglesia, constituida por personas unidas con Cristo y por tanto convertidos en cuerpo de Cristo, es la continuación de la actividad de Dios dentro de la historia humana. El bautismo escenifica nuestra recepción de la gracia salvífica, nuestro perdón de pecados y adopción como hijas e hijos de Dios. También es el acto oficial de nuestra incorporación al cuerpo de Cristo, y con ello, nuestra aceptación de la misión de Dios. Es decir, el bautismo es una adopción, una incorporación, y una encomienda a la misión.

La Santa Cena escenifica el acontecimiento de Cristo donde Dios afronta el gran reto a su propósito creador y lo vence. En este rito proclamamos la gracia salvífica de Dios, el perdón de pecados, la nueva creación y adopción como hijas e hijos de Dios, y el futuro realización plena de la salvación con el retorno de Cristo. Pero también es una encomienda. Al ser incorporados a Cristo por fe, asumimos nuestra parte en la misión reconciliadora de Dios. Formamos parte de la encarnación extendida por la recepción del don del Espíritu Santo.

La Iglesia es sacramental y encarnacional.

Pero no quiero olvidar la Palabra de Dios, ni quiero dar la impresión de que la minusvaloro o que la considero inferior a los sacramentos. Dios crea con su Palabra. Dios llama, promete y se compromete con su Palabra. El ministerio de Jesús consiste principalmente en anunciar el reinado de Dios. Es un predicador y maestro. Nosotros venimos a la fe por responder al anuncio del evangelio. El poder del evangelio es a la vez su contenido, que relata los acontecimientos salvíficos de Dios, y su proclamación misma que nos llama a la conversión. Reconozco que la Iglesia no existiría sin la proclamación de la Palabra y el sostenimiento de ella.

Sólo quiero decir que no es el centro de la Iglesia, que la Iglesia no está centrada en la Palabra de Dios, ni mucho menos en la Biblia. La Iglesia está centrada en el sacramento, pero la Palabra es uno de los principales instrumentos para ejercer su ministerio.

La Iglesia es sacramental y encarnacional. Esta afirmación tiene implicaciones profundas para nuestra praxis. Significa que nuestras vidas, como personas incorporadas al cuerpo de Cristo, también son sacramentales y encarnacionales. Dios está presente en el mundo a través de nosotros. Por eso Pablo nos llama templos del Espíritu Santo. Dios está realizando su plan redentor en el mundo a través de nosotros. Jesucristo continúa su ministerio del reinado de Dios por medio de nosotros. La profunda identificación que Dios hace con la humanidad continúa con nosotros.

Termino con un ejemplo. La Fundación Federico Flíedner tiene dos colegios en Madrid. Se puede operar estos colegios como un ministerio sacramental y encarnacional. La educación de niños es una parte vital de su humanización y preparación para

funcionar en nuestra sociedad moderna. Pero también podemos verlo como una manera de escenificar la gracia salvífica de Dios y de proclamar la Palabra de Dios. En la estructuración del colegio y en el trato que reciben del personal, Dios puede estar presente a los niños y así continuar su obra redentora y reconciliadora de una manera muy práctica y real. La Palabra de Dios tiene un papel bien importante en esta labor, pero el centro de ella es la plena identificación de Dios con los hijos a través de su pueblo, es decir, por medio del personal creyente. La proclamación y la enseñanza de la Biblia junto con la escenificación encarnada del amor de Dios dan el carácter sacramental al ministerio.

La Iglesia es sacramental y encarnacional, por tanto, vivamos nuestras vidas conforme. Amén.

Marcos Abbott
SEUT, Noviembre 2009